

# EL DÁRICO GRIS

El despertar de Osharan

Libro primero



Eva Amuedo



**OBSCURA**  
e d i t o r i a l

# OBSCURO, –RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

© 2022, Eva Amuedo

© 2022, Obscura Editorial, S.L.

Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona

© 2022, Laia Baldevey, por la ilustración de cubierta

Primera edición: mayo de 2022

Edición de texto: Roser Vales i Abenozza

Ilustración del mapa de Muriath: Pablo Uría Díez

Fotografía de la autora: Amparo Benzal

Composición de cubierta: Marc Vilaplana

Corrección: Obscura Editorial y Àlex López

Realización: La Letra, S.L.

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares. En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-123827-8-5

EDICIÓN NO VENAL

*A mi padre,  
que se marchó demasiado pronto,  
y cuyo recuerdo permanecerá escondido  
en estas páginas*



## PREFACIO

**E**l sueño era distinto, desconcertante. Un sueño extraño. Nunca se había encontrado en uno de esa forma: él solo los soñaba, jamás los vivía desde dentro. Sentía un hormigueo en la nuca, y una vocecilla casi inaudible susurraba en su oído como guiándolo. Hacía rato que había decidido ignorarla, pues el sueño había atrapado sus sentidos por completo. Se abrió paso entre la gente arrodillada, caminando a través de la muchedumbre como si de un cúmulo de bruma se tratase. Nadie parecía notar su presencia; ni siquiera pestañeaban cuando los rozaba con su halo fantasmal.

La gente murmuraba al unísono, entonando un rezo. No se detuvo; ansiaba conocer el origen

de semejante ovación, llegar hasta el punto al que se dirigían aquellas miradas cargadas de esperanza y de agradecimiento. Sus voces, antes susurrantes, se apagaron dejando el pueblo sumido en el más absoluto silencio.

Todas y cada una de las abarrotadas calles de Jarla-Neva convergían en la plaza. Extendió la mano una vez hubo alcanzado el puente de piedra y trató de acariciar las florecillas blancas que crecían entre las grietas. Las atravesó y fue entonces cuando reparó en que presenciaba su sueño de manera incorpórea.

La luz del atardecer del nuevo otoño cabalgaba sobre las montañas, despidiendo el verano. A pesar de no tener un cuerpo tangible, pudo sentir el frescor de la brisa sobre su piel.

Entró en la plaza y entonces lo vio: el origen de aquel rezo común, el motivo por el que cientos de hombres, mujeres y niños, se habían congregado y permanecían arrodillados. Una imponente figura se alzaba de espaldas a todos ellos. Portaba una corona cuidadosamente colocada sobre el cabello oscuro. No pudo ver su rostro, pues el hombre

contemplaba absorto una estatua de casi cuatro metros de altura, elaborada en bronce. La precisión de los rasgos tallados en el metal lo sobrecogió, y la mirada que la estatua le devolvía, bondadosa y fiera a la vez, le provocó escalofríos; parecía dispuesta a impartir justicia. Su postura era solemne: con las manos apoyadas en el pomo de la espada de hoja curva, dejaba reposar la punta en el suelo.

No cabía dudas: era él.

«El dárico gris».

Examinó una vez más los rostros de las personas que permanecían allí: reflejaban la más profunda admiración. ¿Quién era el dárico para ellos? ¿Qué había hecho para merecer tal glorificación? Supo enseguida que el Jarla-Neva que estaba contemplando pertenecía a un tiempo futuro, uno tan lejano que sospechaba que él no llegaría a vislumbrarlo. Y no era de extrañar, pues la vida de los dáricos era mucho más longeva que la de los humanos. Sintió envidia y deseó compartir aquel legado, comprender qué podía llegar a acontecer para que cientos de humanos idolatrasen a un dárico.

El hombre de la corona comenzó a volver el rostro: iba a encarar la audiencia, quizás para dar un discurso. Supo que debía ser el tan ansiado rey. Después de todo, lo habían encontrado. ¿Cuánto pesar padecerían en su búsqueda? ¿Cuántas muertes bastarían? ¿Cientos? ¿Miles? Deseaba escuchar lo que el rey tenía que decir, así que permaneció inmóvil, a la espera. Un estremecimiento recorrió su cuerpo al contemplar la figura del rey frente a la colosal estatua del dárico. Tuvo la sensación de haber hallado la respuesta a algo importante, pero era incapaz de saber con certeza de qué se trataba.

El sueño comenzó a desvanecerse. ¡No! No quería irse todavía... Sintió que sus ojos se humedecían.

Al despertar, quedó largo tiempo contemplando el techo de su estancia. Oía el arrullo del agua, el canto de las aves y el sonido ronco de una voz que lo llamaba desde el otro lado de la puerta, pero era incapaz de moverse. Tan solo podía pensar en la imagen de aquella estatua de bronce.

Su poder era incomparable, sus sueños se cumplían. Siempre. Y, sin embargo, no lograba



## PREFACIO

adivinar si esa visión en particular se volvería realidad. Sentía punzadas detrás de los ojos, y un hormigueo en la nuca se negaba a abandonarlo.

La realidad de lo que acababa de suceder cayó de pronto sobre él como una losa: alguien había entrado en su mente. Alguien había depositado aquel sueño en ella.

Riaku palideció.



## Primera parte



## Asthaluss

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se apartó el flequillo, mal cortado, de la frente. Sintió el sabor húmedo y salado en los labios y se dijo que era suficiente. Dejó el libro sobre la balaustrada de ladrillo sobre la que estaba sentada y le dio un sorbo a la cerveza. Estaba muy fría y los dientes le pincharon. «Necesito beber algo más fuerte», pensó, «quizás un poco de tequila». Las piernas le colgaban sobre el vacío, muy por encima de las calles abarrotadas de gente. La ciudad era un hervidero de luces y sonidos, los coches circulaban sin descanso, ignorando la tormenta que se acercaba. Comenzó a llover, con timidez, pero las primeras gotas ya le empaparon el rostro. ¿Seguía llorando? ¿O era solo lluvia?

Cogió de nuevo el libro para poner fin a su ritual de cumpleaños, obligándose a leer todas las páginas hasta el final. Las últimas palabras la estrangularon y la quemaron por dentro. Sí, definitivamente necesitaba unos cuantos tequilas.

No siempre somos lo que soñamos y no siempre conseguimos lo que nos proponemos. Pero tú, Alhanna, lo harás. Gobernarás el mundo. Cuando tu cuerpo arda y tus ojos se vuelvan oscuros, toda criatura se postrará ante ti. Lo he visto en mis sueños, te he visto alzarte ante ellos. Recuerda mis palabras, que han de cumplirse, y no olvides que yo decidí mi destino mucho antes de saber tu nombre o ver tu rostro. Escogí el camino de la muerte para concederte la vida. Jamás lo olvides, a pesar de lo que digan los demás. He cerrado los ojos y en mis sueños he visto en qué te convertirás.

Gobiérnalos, Alhanna.

Alhanna cerró el viejo libro de golpe, pensando en las últimas palabras escritas por su madre. Pasó la yema de los dedos por su cubierta de piel desgas-

tada y cálida, acariciándola. Lo acercó a su cuerpo y trató de cubrirlo con la chaqueta de cuero para que no se mojara. Lloraba de nuevo sin poder controlarse. Cerró los ojos y dejó las lágrimas correr, cubriéndose la boca con las manos para tratar de ahogar sus gemidos. Grandes oleadas de tristeza la golpeaban hasta provocarle punzadas en todo el cuerpo. Gritó en silencio, de rabia y de impotencia. Deseó que todo hubiese sido diferente. «Si ella no hubiese muerto, yo no estaría aquí hoy». Eso era cierto, pero ¿por qué había de sentirse culpable por su sacrificio?

Levantó la cabeza y dejó que el agua refrescara su rostro acalorado. Necesitaba ocupar su mente con otros asuntos, a poder ser, menos dolorosos.

Pensó en Sabrina. ¿Cómo iba a decirle que lo suyo había terminado? Nunca debió permitir que su relación llegase tan lejos. Alhanna jamás la había amado, estaba con ella para escapar de su soledad. Siempre había sentido un gran vacío en su interior, incluso de niña. Era incapaz de querer a otras personas, no lograba empatizar con nadie.

Trazó un plan de lo que haría cuando llegara la mañana, porque algo tenía que hacer: la policía no tardaría en llamar a su puerta, y no estaba dispuesta a dejarse atrapar. Y su padre... Bueno, él era el menor de sus problemas.

Volvió a centrarse en el libro que guardaba con celo, intentando comprender cómo debieron de ser los últimos días de su madre, cómo la enfermedad trastornó su mente hasta hacerle confundir realidad y fantasía. Eso fue lo que la condujo a escribir historias inverosímiles en las que creía ciegamente. Su familia intentó salvarla, pero la locura fue más fuerte.

Veinticinco páginas llenas de palabras y frases que formaban pequeñas historias escritas con tinta azul. Era todo cuanto le había dejado. Leía esos enigmas y era incapaz de darles sentido. Si alguna vez, siendo niña, intentó comprenderlos, su precipitada madurez había desmantelado todas esas ideas. Su madre hablaba de lugares y personas que no existían, describía un cielo nocturno con dos lunas y momentos que era imposible que hubiera podido vivir.



Alhanna cumplía veintiún años que ya le pesaban en el alma. Sentada de aquella forma, observando desde semejante altura, se sentía como en casa, reconfortada. Las lágrimas habían cesado. Las luces intermitentes, el ruido, los coches que recorrían las calles, el humo... Todo se mezclaba en un aura que la fascinaba. Jamás se había imaginado viviendo en otro lugar, lejos de su hermosa urbe, de los viejos edificios y los rascacielos. No le había resultado sencillo construir su vida hasta darle una forma con la que se sintiese a gusto, y ahora todo aquel trabajo se estaba desmoronando mientras leía y tomaba cerveza. ¿Hasta cuándo duraría? ¿Hasta el amanecer, quizás?

Sintió una profunda sensación de vacío. «Mañana todo cambiará, de un modo u otro». La cárcel no era para ella, así que debía tomar una decisión antes de que fueran a buscarla.

—¡Eh! ¡Chica del cumpleaños! —Sabrina gritaba desde la ventana de su apartamento—. ¡Vamos a cortar la tarta sin ti! ¡Baja, antisocial!

—¡Voy! —Usó sus manos para simular un altavoz.

Sus amigos parecían no tener intención de marcharse. No tenían ni idea de lo que había sucedido horas antes en una cafetería del centro. Alhanna los quería como coartada, pero no estaba segura de si iba a funcionar.

Pobre Sabrina. Estaba segura de que ella sería la única en lamentarlo.

Dio un último trago a su cerveza y bajó de la balaustrada de un salto. Las cadenas de los vaqueros tintinearón contra sus muslos. Al mirar hacia la puerta de la azotea sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas, y cerró los ojos. Quizás había bebido demasiado, quizás fuera el cansancio. Aguardó unos instantes y, más calmada, caminó hacia la puerta. De repente, notó que el suelo temblaba. Se quedó inmóvil. Algo brillaba en el cielo, justo sobre su cabeza. Con el ceño fruncido, miró hacia el origen de la luz y se apartó el pelo de la cara.

Una fina línea de fuego bajaba directamente hacia ella. Alhanna no podía moverse. El fuego la rodeó formando un círculo, un anillo llameante que giraba lentamente y calentaba su piel con una dulzura extraña. Alargó la mano para tocar-

lo y el anillo se cerró, aprisionando sus brazos, pero sin quemarlos. Los sonidos de la ciudad le llegaban amortiguados, como si estuviese sumergida bajo el agua. Se oyó un grito atronador que la aterrorizó. Giró sobre sí misma en todas direcciones para comprobar de dónde había salido. Se levantó una suave brisa que parecía transportar sonidos de lo más singulares, palabras sin sentido y gritos de angustia. Una voz masculina, potente y atronadora, hablaba en un idioma que desconocía. El suelo empezó a vibrar con más intensidad bajo sus pies. Un ensordecedor estruendo le produjo un intenso dolor en los oídos. Durante unos instantes, solo oyó un pitido continuo, hasta que, poco a poco, otros muchos sonidos la invadieron: gritos, chasquidos, golpes, un repiqueteo metálico y, de nuevo, aquella voz. Abrió los ojos y una espada atravesó su vientre.

En solo un instante, apenas un pestañeo, todo su entorno cambió de forma drástica. El fuego todavía danzaba a su alrededor, aunque escaso y

mortecino. Ahora ante ella se encontraba una especie de guerrero enorme que yacía de rodillas en el suelo, cubierto con una armadura y con el brazo alzado, como si intentara protegerse de un golpe inminente, sin duda de la espada que acababa de atravesarla a ella desde atrás.

La joven miró hacia abajo, asustada. Notó el sabor de la sangre, y un frío atroz la envolvió haciendo que su cuerpo se convulsionara. Vio el líquido escarlata escurrirse por la brillante hoja de acero. El dolor era espantoso. El guerrero bajó el brazo y se puso en pie. Era muy alto, y le resultó difícil levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Por un breve instante, este miró más allá de ella y habló. Alhanna supo que sus palabras iban dirigidas a quien seguía a su espalda, sosteniendo el arma que la había atravesado, sin la menor intención de extraerla de su cuerpo.

Se quitó el casco y una melena de un intenso color gris se derramó sobre sus hombros. Tenía unas facciones verdaderamente armoniosas. Alhanna lloraba. Lo miró a los ojos y sintió una profunda sensación de vértigo, un abismo bajo

sus pies y, por un instante, el mundo pareció dar vueltas a su alrededor. No conocía el rostro impávido y robusto que parecía estar esculpido en mármol y que la observaba con intensidad. Por sus labios entreabiertos, observó unos dientes perfectamente alineados y dos colmillos de una longitud inusitada.

Alhanna sucumbió al dolor de la herida y se dejó caer al suelo, sin fuerzas y con la espada todavía atravesándola. Una sensación febril recorrió su cuerpo, acentuando su sufrimiento. Era incapaz de apartar la mirada del rostro de aquel hombre. De pronto, él le dijo algo con un fuerte torrente de voz, pero Alhanna no entendió nada. El guerrero gritó de nuevo las mismas palabras, como si quisiera obligarla a comprender, pero hablaba un idioma desconocido.

Comenzó a sentir que aquella extraña realidad se desvanecía a su alrededor. Estaba en un bosque en llamas, podía oler la madera quemada y también algo más que apestaba de una manera nauseabunda. A su alrededor se movían muchos pies que se iban desdibujando. Escupió sangre y dejó

de sentir. El fuego la rodeó de nuevo y a lo lejos le pareció oír la estridente voz del hombre de cabello gris. Esta vez entendió lo que decía: le pedía que regresara con él.

Cerró los ojos, y los gritos, chasquidos y golpes de metal cesaron. De nuevo, solo oía la lluvia por encima del rumor de la ciudad. Abrió los ojos. Estaba echada en la terraza. Había regresado a su realidad, pero la espada seguía clavada en su cuerpo. La terraza parecía distinta: el suelo no era el mismo, y el rosal estaba precioso, lleno de flores blancas. Había más macetas dispuestas en hilera, llenas de margaritas de distintos colores.

Le costaba mantener los ojos abiertos, el dolor era espantoso. Necesitaba ayuda, pero no era capaz de gritar para pedirla. Miró hacia la puerta cerrada, ahora de un intenso color rojo. ¿Quién la había pintado? ¿Cuándo? Su sangre se mezclaba con la lluvia y descendía por la pendiente de la terraza, en dirección al libro de su madre, que tenía a su lado. El reguero alcanzó una esquina y empezó a empapar las hojas del cuaderno. Quiso cogerlo, pero no logró moverse.

Observó la espada; el acero de la hoja reflejaba las luces de la ciudad. Quizás, si se incorporaba, lograría llegar hasta la puerta... Pero el cuerpo ya no le respondía. Sus ojos acuosos le mostraban imágenes borrosas y brillantes. «Debí tomarme el tequila cuando tuve la oportunidad», pensó.

Supo que iba a morir sin entender siquiera el cómo ni el por qué. Quiso tocar el libro, aferrarse a él como a un salvavidas. Las llamas lo envolvieron, y después a ella.

De nuevo, tuvo la leve conciencia de ser transportada. Era como si no tuviera cuerpo, como si la nada la hubiera consumido y solo quedase el silencio. Se entregó a la oscuridad.

Podía moverse, aunque mantenía los ojos cerrados por miedo. Sintió sus extremidades relajadas y fuertes; de pronto, ya no quedaba atisbo de dolor o cansancio en su cuerpo.

¿Dónde estaba? ¿Había muerto al fin?

No, eso era imposible; estaba segura de poder palpar cuanto la rodeaba, incluso de ponerse en

pie. La espada había desaparecido, y también la herida en su abdomen, aunque tenía la camisa blanca rota y manchada de sangre.

—Alhanna —El dulce susurro ahogó el sonido sordo de su respiración entrecortada y el bombeo de su corazón.

Abrió los ojos para abrazar la oscuridad. Alhanna se puso en pie de un salto, con los puños y los dientes apretados, sobre una superficie invisible.

—Alhaaannaaa... —Oyó tras ella. Se dio la vuelta.

Una diminuta esfera de luz apareció. Despacio, con la mirada fija en la luz, comenzó a caminar hacia el origen de aquella voz que pronunciaba su nombre con suavidad y calidez. La esfera no debía de ser más grande que una manzana. Alzó su mano derecha, temblorosa, para tocarla.

La esfera de luz se agitó, la rodeó y se instaló a su espalda, dejándola de nuevo ante la oscuridad.

—Alhanna...

La voz sonó más firme y aguda y todo su cuerpo vibró. Sintió un escalofrío que le recorrió



la columna vertebral. La esfera cayó a sus pies y, formando una espiral, comenzó a expandirse, devorando la oscuridad y llenando de vida todo cuanto la rodeaba.

Se abrió ante ella un mundo que, pese a antojársele nuevo, sabía que no lo era, pues reconocía cada rincón de aquel sueño: la playa de arena oscura que se extendía hasta perder la vista, bañada por los rayos del sol, las olas acariciando las rocas esparcidas por la orilla, desordenadas, como si un niño las hubiese lanzado; era el mismo acantilado que limitaba a su espalda como el final de un cuadro, formando una línea imperfecta con el cielo brumoso. Había visto aquel lugar cientos de veces, quizás miles. Iba a esa playa cuando soñaba, cuando deseaba ver el rostro de su madre muerta. Porque ella siempre aparecía, observando el horizonte desde la orilla.

—Alhanna... —El susurro arrancó un gemido en la joven.

Dio una vuelta sobre sí misma, despacio, buscando el origen de la voz, y todo su entorno giró con ella. Vio haces borrosos en derredor y tuvo

que cerrar los ojos para evitar marearse. Al abrirlos, la vio: en la orilla estaba su madre, mirándola con sus enormes ojos castaños. Alhanna contuvo el aliento; era como ver una vieja fotografía en movimiento. La mujer comenzó a caminar en su dirección; su cabello, largo hasta media espalda y ondulado, danzaba sobre su esbelta figura. Iba vestida con un traje gris que se ajustaba a su cintura de avispa, con mangas bordadas con pequeñas flores blancas. Nada se movía salvo la ligera tela de su falda, que se agitaba entre sus piernas. La habría abrazado si hubiera sabido cómo hacerlo. Mentiría si dijera que no había imaginado incontables veces que su madre vivía y estaba a su lado, que podía hablar con ella y recibir el amor que nadie había sido capaz de ofrecerle. Aunque nunca tuvo claro qué significaba amar, había ansiado que su madre hubiera vivido para quererla. La miró a los ojos. Era tal como la recordaba de las fotografías. Mientras trataba de pensar qué hacer y cómo comportarse su madre la alcanzó. Sus gruesos labios dibujaron una sonrisa extraña, casi torcida.

—Mamá. —La misma palabra le pareció ridícula, jamás había llegado a usarla. Intentó acariciar su rostro, pero solo atravesó una cortina de humo que recuperó la forma de su madre tras apartar la mano de ella—. No eres real.

—Sí, lo somos.

Sus labios se movieron y numerosos sonidos salieron a la vez de aquella garganta hecha de humo; voces de hombres, mujeres y niños, todas entonadas al mismo tiempo, como si fuesen una sola entidad.

—Por fin has llegado. Sí... por fin —dijo su madre. Hizo una pausa para ladear la cabeza—. Te hemos estado esperando... Sí esperando. A ti.

—¿Dón...? —Alhanna carraspeó para aclararse la voz—. ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Es un sueño? —Estaba jadeando—. Quiero irme a casa.

El cielo tronó anunciando tormenta. Comenzó a oscurecer y Alhanna notó una repentina pesadez en el cuerpo. Le faltaba el aire.

—Contesta, por favor —rogó la joven.

—Escucha. —Esta vez, la multitud de voces hablaron descompasadas, algunas en susurros,

otras dando gritos. Unas pocas se quedaron mudas—. Hemos tomado esta forma y hemos elegido este lugar solo para ti.

Las olas rompían más fuerte contra el acantilado, y el cielo era una masa negruzca dispuesta a arrojar un aguacero. La mano de su madre le tocó el brazo, y el aire, que parecía salir de sus adentros, la golpeó con fuerza, haciéndola tambalear. La miró a los ojos: eran castaños, y pudo ver en su interior diminutas esferas brillantes que giraban alrededor del iris.

—¿Qué quieres de mí?!

—Queremos que nos lo traigas a él. Queremos a nuestro juez. Tú irás a buscarle. Por eso te necesitamos. —Hizo una larga pausa de nuevo—. Te devolveremos, te enviaremos a nuestro mundo hermano... Allí está nuestro juez, y debes traerlo.

—No entiendo nada. ¡Solo quiero irme a casa!, ¡por favor!

Cerró los ojos intentando aspirar una bocanada de oxígeno que llenara sus pulmones. La cabeza le daba vueltas, el aire de aquel extraño lugar era

pesado y sentía sus pies hundirse cada vez más en la arena. La imagen de su madre sonrió levemente ladeando la cabeza, con ternura. Una breve sucesión de relámpagos iluminó la playa.

—¿Quién es el juez? —preguntó la joven con renuencia.

—Es nuestro juez, y también el de nuestro hermano. Pertenece a ambos, contiene nuestra esencia y la suya. Tú lo traerás. —El dolor aumentaba en su pecho y el sudor resbalaba por su frente; le resultaba difícil seguir escuchando aquel cúmulo de voces que hablaban con tanta lentitud—. Él juzgará... Sí... Juzgará a los humanos. Y decidirá si son culpables o inocentes. Debe juzgarlos y hacerlos desaparecer. Debe liberarnos de ellos, pues nos hacen padecer y enfermar.

Su madre levantó un brazo hacia ella, y aunque no llegó a tocar su cuello, Alhanna notó como lo aprisionaba, impidiéndole respirar.

—¡No! —Alhanna se arañaba el cuello inútilmente, intentando apartar la mano invisible que parecía estrangularla.

Su madre ya no la miraba con cariño. Las

olas rompían con bravura en las rocas y llegaban hasta ellas mojando sus pies.

—No te queda tiempo... Te desvaneces, pronto ya no estarás aquí, ni en ninguna parte. Así lo queremos. Traerás a nuestro juez.

Bajó el brazo y Alhanna respiró profundamente, intentando recuperar el aliento. Deseó lanzarse contra su madre y golpearla hasta quedarse satisfecha, pero al mirarla a los ojos, el miedo volvió a interrumpir su ira.

—¿Cómo lo encontraré?

—Él te hallará a ti.

Su mano, pálida y fría como el hielo, agarró la de Alhanna, rodeó su muñeca con los finos dedos y, alargando las uñas, las hundió en su carne. La joven gritó soltando el poco aire que le quedaba y arqueando la espalda hacia delante, hasta caer de rodillas. La presión no disminuyó; levantó la cabeza y observó su mano, asustada. Gritó de nuevo cuando el fuego salió de la herida, pequeñas hebras rojas y naranjas que comenzaron a trazar señales en su piel, abrasando la carne y dejando a su paso una cicatriz negra, como un tatuaje.

El fuego avanzó por su antebrazo, rodeándole el bíceps y subiendo por su hombro derecho, descendió lentamente por su pecho en diagonal hacia el lado izquierdo de su cadera; cruzó el abdomen por debajo del ombligo y, cogiendo más velocidad, recorrió la pierna derecha, rodeando el muslo y el gemelo hasta terminar en el dedo pequeño del pie. Alhanna fue incapaz de dejar de gritar.

De rodillas, observó la cicatriz en su cuerpo, aquel raro tatuaje. Parecían letras formando líneas redondeadas con trazos perfectos y hermosos, una palabra unida a otra. Jamás había visto aquella escritura.

—¿Quién eres? —preguntó la joven, asustada.

La imagen de su madre se inclinó hasta pegar la frente a la suya. Alhanna intentó contener sus temblores y permanecer inmóvil, aunque algo en su interior la instaba a huir. La piel de aquella criatura estaba helada.

—Somos Asthaluss.

Todas las voces gritaron al mismo tiempo en perfecta armonía. Fue lo último que escuchó.

